

La Gallina de las Tripas de Bronce



Fernando Olavarria Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 64764. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

La Gallina de las Tripas de Bronce

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I LA GRANJA DE LA SEÑORA URSULA

Era Noche Buena. En la granja de la señora Úrsula reinaba el silencio y la oscuridad.

De vez en cuando el azul de la noche era iluminado por los fuegos artificiales y los voladores de luces que encendían los niños en el pueblo.

El perro de la granja ladraba aterrorizado y en el gallinero las gallinas y los patos dormían plácidamente sin darse cuenta de que esa noche no era igual que todas.

De improvviso se acercó una sombra. Venía cautelosamente y se detuvo a un costado del gallinero, allí donde se almacenaba la leña para el invierno. Desde un rincón, entre los haces de leña salía un

tenue resplandor dorado. "Buenas noches importantes", susurró la sombra amablemente.

-Buenas noches, respondieron tres voces.

-¿Podrían decirme "importantes", qué noche es ésta?

-No se haga el ingenuo señor zorro, dijo una de las voces; bien sabe usted que hoy es Noche Buena, que los niños del pueblo tienen alarmados con sus fuegos artificiales a todos los perros de los alrededores y también lo está el perro de la señora Úrsula, y usted, aprovechándose de esta circunstancia ha venido a dar una vuelta por aquí para ver si logra llevarse a uno de nosotros.

-¡Qué gallina más inteligente!, exclamó el zorro con ironía. ¡Hasta pronto! Me voy antes de que empiecen a cacarear y atraigan hacia este local al estúpido perro de la señora Úrsula.

Diciendo esto, el zorro desapareció silenciosamente por entre los haces de leña. Después se oyó un suspiro de alivio.



-¡Uf!, al fin se fue ese maldito.

El comentario lo hacía una gallina; ésta estaba acompañada de un pato blanco y un pavo. De su vientre salía esa luminosidad dorada que había atraído al zorro.

Bien -dijo el pavo -se fue el zorro ladino pero el peligro no ha pasado. Es muy probable que la señora Ursula sacrifique a uno de nosotros para celebrar Navidad.

-¡Ay, pobre de mí!, sollozó el pato, ¿por qué no matarán a una gallina o a un pato ordinario, como esos que están durmiendo más allá y no saben que esta noche es una noche peligrosa?

-¡Calla pato, calla! -ése es el pensamiento de un egoísta, dijo la gallina. A Dios pertenecemos y Él sabrá cuál irá a la olla mañana.

Contemos algo de nuestras vidas, propuso el pavo. Así nos entretendremos y el tiempo pasará más rápido. Dime gallina, ¿por qué sale esa luminosidad dorada de tu plumaje? Explícanos la causa de

este extraño fenómeno, debe ser muy interesante.

-¡Ah, sí!, dijo la gallina, bastante halagada por aquella observación; les contaré cómo sucedió.

Capítulo II

EL CUENTO DE LA GALLINA DE LAS TRIPAS DE BRONCE

Yo nací en el pueblo, en la casa del marquista. Sinceramente, era feliz en ese lugar, porque vivía libre en el jardín de la casa. El hijo del marquista me quería mucho, me daba maíz y se entretenía conmigo. Como era hijo único su mamá había decidido no matarme, y yo, al saber sus buenas intenciones, me sentía tan dichosa, que creía que todo lo que me rodeaba estaba a disposición de mis antojos.

Cuando el marquista, su mujer y su hijo almorzaban en la cocina, yo daba un brinco y me asomaba en la ventana; la mujer se enojaba, el marquista se reía y el niño batía las manos alborozado.

Entonces, dándome ánimo, bajaba al suelo y picoteaba las migas de pan que me daba el marquista. Pero un día desafortunado, se me ocurrió subir, no a la ventana de la cocina sino a la del lado, la que daba al taller y sin titubear un instante salté al interior y aterricé entre los espejos, cuadros, virutas de madera y marcos recién terminados.

Estaba muy emocionada ante el descubrimiento de este nuevo lugar y nerviosamente empecé a escarbar entre las virutas para ver si encontraba algún grano de maíz; como no lo hallé, decidí encaramarme al banco carpintero y ahí me encontré con varios tarros que contenían clavos, cola de pegar y otros líquidos de extraño aroma. Uno de los tarros tenía algo que creí que era maíz molido y de novedoso sabor pues era dorado como el Sol. Lo probé y me gustó. Entonces comencé a engullirlo a gran velocidad y a cada picotazo que daba, el maíz dorado me salpicaba las plumas del cogote y la cabeza dejándolas muy hermosas.

Estaba en esta faena cuando oí unos pasos. Era el marquista que había terminado de almorzar y volvía a su taller. Cuando me vio, dio un bufido de rabia y comenzó a gritar y a insultarme. Estaba tan colérico que pescó una escofina y me la lanzó para ultimarme. Por suerte no dio en el blanco y yo, despavorida, comencé a cacarear y a correr por entre los marcos, quebrando así varios espejos, hasta que, finalmente aleteando, salté por la ventana y huí hacia la calle.

Desde allí oí a la mujer del marquista que gritaba que me iba a matar cuando me pillara, por haber estropeado el polvo dorado que utilizaba su marido para pintar los marcos. El niño se había puesto a llorar. Viendo que ya no podía regresar a esa casa, me alejé hacia un potrero y me escondí entre unos matorrales. Pasaron las horas y como atardecía y nada sucedía, salí de mi escondite y empecé a alimentarme. Cerca de ahí había una casa y varios niños estaban jugando con una pelota. De improviso, la pelota se desvió hacia los

matorrales donde yo estaba y los niños me descubrieron. Al parecer me veía muy hermosa porque uno de los niños dio un grito de asombro al descubrirme y llamó a los demás. ¡Vengan, vengan a ver lo que encontré! ¡Una gallina de bronce! ¡Y está viva!

Todos me rodearon para observarme de cerca y uno de ellos exclamó, ¡si tiene las plumas doradas también por dentro debe ser así! ¡Pillémosla! ¡Pillemos a la gallina de las tripas de bronce! Entonces me di cuenta de que ya no era una gallina cualquiera porque les había llamado la atención. Me había transformado en una gallina cuyas tripas eran de bronce y por lo tanto era muy fina y rara, pero por desgracia, ahora que era importante, me perseguían y no me dejaban vivir en paz.

¡Ay de mí!

-Debes de haberte visto como mis primos aristócratas los pavos bronceados, interrumpió el pavo.

-¡No, no!, dijo la gallina, molesta por la comparación. Era mucho más hermosa que tus arrogantes primos. Si supieran ustedes qué linda me veía con el sol del atardecer...

Salí corriendo y los niños al no poder darme alcance empezaron a lanzarme piedras. Por suerte, ahí cerca había un bosque y pude guarecerme en él a tiempo. Allí pasé varios días y fui feliz a pesar de que nadie estaba junto a mí para alabarme, hasta que una tarde me encontré súbitamente con un faisán. Éste se quedó con el pico abierto de asombro, después se deshizo en reverencias y me dijo:

¡Señor Mandarín, qué sorpresa de verlo por estos lados! Dígame su Alteza, ¿cómo no avisó con anticipación para que lo más excelso de la colonia de faisanes de esta comarca lo hubiera venido a recibir!

Pronto llegaron más faisanes y éstos al igual que el primero, me brindaron finas atenciones. Algunos me preguntaban si había



llegado muy cansado de la China y yo no sabía qué responder pues no me daba cuenta de que me habían confundido con un faisán dorado de la China.

Después comprendieron su error. Eso ocurrió varios días más tarde, cuando se echó a perder el tiempo y se puso a llover.

Fue una gran tormenta; los truenos retumbaban en el bosque y los relámpagos iluminaron la comarca durante toda la noche. Decidí encaramarme a una rama bien alta y al poco rato me quedé dormida.

Al día siguiente bajé a la maleza para continuar conviviendo con mis nuevos amigos; pero ellos ni siquiera me dieron los buenos días sino que haciendo un mohín, se retiraron desdeñosamente de mi presencia. Una "faisana" que había sido buena amiga mía los días anteriores, al divisarme, cambió de ruta e hizo apurar el paso a sus pequeños hijos que la seguían en fila india. Alarmada me acerqué a ellos y les pregunté a qué se debía este extraño comportamiento, pero

la faisana en vez de darme una respuesta lógica, me replicó: Quítate de mi lado estúpida gallina, mira que con tus torpes patas, que sólo sirven para escarbar basura, puedes hacerle daño a mis amados polluelos. Dicho esto, se metió a su nidal y el último de los polluelos cerró bruscamente la puerta.

Cuando oí estas hirientes palabras casi me dio una fatiga de impresión y dando media vuelta me alejé con las plumas engrifadas por la tristeza.

No tardé en encontrar un charco que la lluvia había formado y decidí calmar mi nerviosidad bebiendo un poco de agua fresca. Ya más tranquila, observé mi imagen reflejada en la superficie del charco y pude constatar que mi plumaje ya no estaba dorado sino que ahora se veía como el de todas las gallinas porque la lluvia lo había lavado. Esa era la explicación de la nueva actitud de los faisanes.

Desconsolada, me alejé de ese ingrato lugar y comprendí

entonces que cuando alguien es importante y deja de serlo por diversas circunstancias, nadie se acuerda después de él...

-Pero tú eres importante, murmuró el pato, ¿acaso no oíste cómo nos saludó el zorro?

-¡Ah! -exclamó la gallina, no seas necio. El zorro nos saludó de esa manera porque deseaba establecer una falsa amistad con nosotros y ver si así tenía alguna ocasión de engullirnos.

-Sí, dijo el pavo, pero de todas maneras yo soy importante porque estoy emparentado con mis primos los pavos bronceados, y les diré una cosa, prosiguió, hinchándose con orgullo, mis primos no se destiñen con la lluvia... Después iba a graznar pero la gallina, molesta con la alusión lo hizo callar. -¡Sssh, no seas vanidoso! Si gritas ahora se acordarán de nosotros.

El pavo al sentirse amonestado se desinfló y echando la cabeza hacia adelante dio excusas y se quedó un buen rato mirando hacia la

oscuridad con ojos estúpidos y el moco colgando.

El pato, que observaba todo esto, algo tenso, lanzó una risilla nerviosa y trató de calmar a sus amigos.-Bueno, bueno, todos somos muy importantes y tenemos nombres pomposos ¿Qué te parece? Yo soy el pato encantado y tu eres el pavo mágico.

-Me parece bien, aprobó el pavo, satisfecho del nombre que le había dado el pato. Cuéntanos qué pasó cuando te fuiste del bosque querida gallina . Pero la gallina de las tripas de bronce, molesta por la interrupción terminó su cuento en forma rápida.

-Del bosque salí a un camino, allí me encontró una vieja, ésta me echó en un canasto y me vendió a doña Úrsula y aquí estoy con ustedes.

-Bien, dijo el pato encantado, no te enojas, piensa que esta noche puede ser la última que pasemos aquí en la Tierra. Oigan, yo les contaré una terrible historia.

Capítulo III

LA TERRIBLE HISTORIA DEL PATO ENCANTADO

*H*an de saber ustedes, dijo el pato, que yo también era muy feliz. Vivía en la cabaña de un leñador en la orilla de un inmenso lago azul. Al fondo se divisaba un volcán cubierto de blanca nieve, tan blanca como mis plumas. Más allá estaba el pueblo.

Todas las mañanas, el leñador y su hijo se levantaban temprano y se internaban en el bosque que había en esa región. El hombre cortaba leña durante largas horas y en la tarde regresaba e iba a venderla al pueblo. Mientras trabajaba con el hacha, su hijo -todavía muy pequeño para imitarlo- se entretenía en vagabundear por los alrededores.

Un día halló una caverna, se internó en ésta y encontró ¿Saben ustedes qué? ¡Pues nada menos que un inmenso dragón! Quizás cuánto tiempo estaría dormido allí sin que nadie se hubiera percatado de él.

-¿Qué es un dragón?, preguntó la gallina.

-Un dragón es como la lagartija azul, la de cara pecosa, esa que vive en la leñera y que sale todas las mañanas a calentarse al Sol, respondió el pato.

-¡Ah!, exclamó el pavo, tiempo atrás me comí un dragoncillo de color café. ¡Estaba delicioso!

-¡No, no!, protestó el pato, este dragón era mucho más grande que la lagartija pecosa. Era como varias casas de la señora Úrsula dispuestas una detrás de otra.

-¡Oh, qué horroroso!, gritó la gallina.

-¡Sssh!, dijo el pavo; continúa el relato.

-Pues bien, prosiguió el pato, el niño cuando se encontró con el monstruo, quedó asombrado igual que ustedes y considerando que este hallazgo le pertenecía decidió mantenerlo en secreto.

Todos los días cuando llegaba al bosque con su padre, se escabullía entre los árboles e iba a ver a su dragón que dormía profundamente en el interior de la caverna. El gigantesco monstruo de color celeste daba grandes resoplidos que hacían temblar las paredes de la caverna. En una de estas visitas, al niño se le ocurrió hacerle cosquillas en el vientre con una varilla. Cuando el monstruo sintió el cosquilleo, dejó de resoplar y moviendo una de sus enormes patas casi aplastó al niño; el pobre salió corriendo aterrorizado y no paró hasta que llegó junto a su padre. El barbudo leñador pensó que su hijo se había encontrado con una fiera, pero a pesar de preguntarle repetidamente qué le había sucedido, éste mantuvo su secreto. Al día siguiente el mozalbete fue nuevamente a visitar al gigantesco animal y



se divirtió haciéndole cosquillas. Así pasaron los días y todas las mañanas se entretenía en este peligroso juego.

Una tarde, el niño invitó a su casa a la hija de la dueña de una tienda donde su padre iba a beber cerveza después de la venta de la leña. La niñita fue gustosa a la casa de su amigo y al día siguiente acompañaron al papá al bosque. El niño aprovechó esta circunstancia para llevar a su amiguita a la caverna donde estaba su gigantesco juguete, y tomados de la mano llegaron cerca del vientre del dragón; entonces el niño, después de que la niñita se hubo recuperado de su asombro, empezó a hacerle cosquillas al monstruo y el espanto que la niña tenía se transformó en risa. En esos instantes el monstruo dejó de resoplar y empezó a moverse, el hijo del leñador consideró que ya habían jugado lo suficiente y era necesario retirarse, pero la niña le pidió que le hiciera más cosquillas para ver qué sucedería. El niño aterrizado se negó, mas, fue tanta la insistencia de su amiguita que,

dándose valor y olvidándose del riesgo que tenía el juego continuó haciéndole cosquillas mientras ella se reía a carcajadas.

El monstruo despertó y revolviéndose en la caverna se engulló a los dos imprudentes niños y destruyó toda la región.

Recuerdo que estaba yo nadando tranquilamente en la orilla del lago, cuando se oyó un espantoso rugido. Principiaron a salir llamas por el cráter del volcán y el bosque comenzó a incendiarse. Sobre el lago caían enormes rocas y las aguas se encrespaban formando inmensas olas, tan grandes, que casi muero ahogado.

-¡Vergonzosa muerte para un pato!, comentó el pavo.

-Así es, afirmó el pato, pero ustedes jamás podrán imaginarse lo que sufrí yo. La casa del leñador desapareció bajo las olas y el pueblo se transformó en una inmensa hoguera.

Permanecí nadando durante varias horas hasta que a duras penas logré subirme a una mesa que flotaba junto con otras cosas en

las aguas hirvientes del lago. Allí me quedé quieto con las plumas lacias observándolo todo. Vi cómo temblaba la tierra y la gente huía despavorida.

Así, arriba de la mesa, navegué durante varios días y las aguas de un azul profundo parecían demostrarme cuán inmenso era aquel lago donde había vivido. Tenía hambre y ninguna playa se divisaba; ya creía desfallecer cuando un bote con dos hombres se acercó a mí, remolcaron la mesa toda una mañana y llegamos a una orilla totalmente desconocida. Allí tenían su casa. Me alimentaron y fui dichoso nuevamente, hasta que un día me metieron dentro de un saco para venderme. No supe más hasta que me hicieron salir para mostrarme a mi nuevo dueño; era la señora Úrsula que, después de palparme la pechuga y regatear el precio de la venta, me compró y me encerró en este gallinero.

-Muy interesante tu historia, dijo lacónicamente el pavo, pero

dime, ¿cómo supiste que fue el dragón el que hizo tan grande alboroto?

-Pues, ¿qué otra cosa que un dragón iba a producir toda esa calamidad?, contestó el pato gallardamente.

Ante respuesta tan insólita la gallina y el pavo emitieron risitas entrecortadas que encolerizaron al pato.

-¡Bah!, dijo, si no me creen, que cuente otro una historia más interesante, lo que es yo, me voy a dormir. Hasta mañana.

-No te ofendas, dijo la gallina, recordando que también se habían burlado de ella. Tu historia ha sido muy entretenida, pato. Espera, no te vayas, el pavo mágico nos contará otra.

Capítulo IV

LA EXTRAÑA NARRACIÓN DEL PAVO MÁGICO

Ustedes no saben, comenzó el aludido, que yo nací en el corral de la casa de un sastre. Era éste muy rico y famoso y tanta clientela tenía que un día decidió irse a vivir a un bosque que había cerca del pueblo donde estaba su negocio. Al preguntarle sus amigos sobre esa rara determinación, él contestó que ya no deseaba trabajar tanto, y si alguno de sus clientes necesitaba un buen vestido, con toda seguridad se tomaría la molestia de ir al bosque a probárselo.

Se hizo construir una hermosa mansión y allí se estableció con su única hijita y su suegra. Pero un día, este famoso sastre murió de una repentina enfermedad y la niña continuó viviendo con su abuelita en la casa del bosque. Pronto los ahorros se terminaron, porque el

sastre había invertido mucho dinero en la construcción de su casa y llegó el día en que la niña y su anciana abuela tuvieron que vivir pobremente en este inmenso caserón que, al no poder ser reparado, estaba deteriorándose lentamente.

La niña no iba al colegio porque estaba muy lejos y su abuelita tenía que darle clases. Debido a esto, la niña no tenía otros niños con quienes jugar y su única entretención era vagar durante largas horas por el bosque.

La abuelita criaba pavos y de uno de esos huevos ¡nací yo!

-Ruinoso lugar para nacer, comentó la gallina maliciosamente.

El pavo sin darse por aludido continuó su relato. Una noche, la niña estaba asomada a la ventana de su dormitorio contemplando las estrellas y meditaba la triste vida que llevaba aislada en la casa del bosque. Pensaba en lo hermoso que sería tener un caballo; un caballo

que fuera solamente de ella, ¡cómo lo cuidaría! Le daría terrones de azúcar y otras golosinas. Iría en él al pueblo y gozaría oyendo las pisadas de su caballo en las calles pavimentadas. ¡Tic, toc, tic, toc, toc! ¡Qué hermosos sonidos saldrían de los cascos! Y así la niña soñaba despierta imaginándose muchas cosas referente a su animal. ¿De qué color sería? Pues, sería de color rojo... ¡Sí! Rojo como la sangre o las cerezas.

-Qué color más extraño para un caballo, comentó el pato. ¿Estás seguro que la niña deseaba un caballo así?

-Extraña es mi historia, respondió el pavo y extraño fue lo que sucedió. Repito, que la niña estaba asomada a la ventana, cuando oyó un relincho y desde la espesura del bosque apareció un caballo hermosísimo, y créanme ustedes ¡era más colorado que mi cogote y sus crines eran platinadas! La niña dio un grito de asombro, bajó corriendo la escalera, salió al camino y fue hacia él. El caballo parecía

conocerla porque se acercó mansamente y se dejó acariciar. Se echó para que su dueña lo montara y después partieron galopando hacia la espesura.

¡Qué lindo paseo dio la niña en su caballo rojo! Parecían volar bajo las ramas de los árboles, saltaban los troncos caídos y los charcos de agua y el viento silbaba detrás de ellos. Finalmente, cansados ambos de divertirse, el caballo fue a dejar a su amita a la casa y despidiéndose con un alegre relincho desapareció por entre los árboles.

Así pasaron los días y las semanas, y la niña, después de estudiar las lecciones de la abuelita, le daba un beso y subía a su dormitorio, abría los postigos y quedaba en espera de su caballo.

Un día en la tarde, cuando caminaba por el bosque, la niña tuvo deseos de encontrar a su querido caballo para dar un paseo por el pueblo y lucirse con él. Mientras más pensaba en la idea más



interesante la encontraba. De improvviso, a sus espaldas, oyó un relincho, ¡era el caballo rojo! ¡Qué felicidad! Pero el caballo tenía esta vez un aspecto triste; la niña estaba tan alborozada que no se dio cuenta de la tristeza de su amigo y acariciándolo se subió a él.

Partieron con gran rapidez al pueblo y ya en la calle real se serenaron. La niña estaba radiante de felicidad porque se cumplía el deseo de oír el ruido de los cascos de su caballo en el pavimento. No tardaron los chiquillos del pueblo en rodearlos y comenzaron a gritar, ¡el caballo rojo! ¡Vengan a ver el caballo rojo! Uno de los niños trató de subirse a las ancas del animal, pero el corcel, nervioso ante tanto alboroto se sentó y provocó la caída del audaz muchacho y las risotadas de los demás.

Salieron los hombres de la taberna y las mujeres se asomaron a las puertas y ventanas de sus casas para observar la escena. La niña estaba muy asustada y arrepentida de haber venido al pueblo. Pasaron

frente a la Municipalidad y el alcalde, que estaba en esos instantes conversando con otros personajes, observó con detención al extraño animal y comentó en voz alta, -¡Hum! Hermoso corcel. Bien estaría que se lo regaláramos al Rey. ¡Doy cien monedas de oro por él! Los demás no perdieron tiempo e impartiendo órdenes a los que por allí estaban comenzó la persecución del caballo rojo.

Llegaron hombres con lazos y en fin, con cuanto encontraron cerca de sus manos. El caballo se defendió y con la niña aferrada a sus hermosos crines, comenzó a dar potentes patadas y mordiscos a los que trataban de acercarse. Saltaba las barreras que le ponían en las calles y galopaba sin importarle el daño que le hacía a sus obstinados perseguidores. Ya eran varios los heridos y muchos los destrozos materiales que se habían producido, entonces el populacho, enfurecido por la evidente derrota, lo empezó a perseguir con palos, piedras y horquetas, decidido a capturarlo vivo o muerto, sin

importarles la vida de la pequeña niña que iba montada en él.

No sé que sucedió después, prosiguió el pavo. Había anochecido y poco se veía. Lentamente las voces y los gritos que venían del pueblo fueron disminuyendo hasta que desaparecieron. Me quedé esperando y empezó a amanecer, pero la niña nunca más volvió.

La abuelita al constatar al día siguiente que su nieta había desaparecido, partió presurosa al pueblo y regresó horas después sollozando amargamente. Así estuvo varios días y no se alimentaba porque era una pena muy honda la que tenía. Lo peor del caso es que tampoco nos daba de comer a nosotros los pavos.

Un día, desesperado con esta situación, volé por encima del corral y quedé en libertad. Así pude saciar mi apetito con bastante pasto. Picado de curiosidad volé al techo de la casa y de ahí a un parrón desde el cual podía ver el interior de la habitación de la anciana. Allí me cercioré con gran pesar, de que la abuelita estaba tendida en su

cama desde hacía varios días. Seguramente había muerto de pena por el desaparecimiento de su querida nieta.

-¡Qué horror!, exclamó la gallina, ¿y qué fue de la niña?

-Creo yo, dijo el pavo, que la niña y su caballo huyeron del pueblo y se fueron a vivir a una estrella.

-Extraño final...

-Sí, prosiguió el pavo, estas últimas noches, al mirar el cielo, me ha parecido verlos caminar por el firmamento.

Amanecía y la gallina y el pato se habían quedado dormidos.

Lentamente apareció el Sol y sus reconfortables rayos acariciaron los haces de leña seca.

-Kikirikiii -¡ya es hora de levantarse! Ordenó el gallo. Las gallinas alborozadas cacarearon bulliciosas, pero nuestros tres personajes no respondieron al llamado de la alegre mañana porque recién se habían quedado dormidos.

De entre los leños salió una lagartija; era amarilla y azul y tenía la cara pecosa. -¡Buenos días!, saludó. Al no recibir respuesta, la lagartija murmuró enojada, -¡qué señores más presumidos, se deben de sentir muy importantes! Y en realidad tenía razón; ellos eran diferentes a las demás aves del corral.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 64764. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas
Aventuras
de Federico
y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina